

para ceder ante un exacerbado nacionalismo —ya sea vasco o español—. J. Agirreazkuenaga, excelente conocedor de la historia del País Vasco y que está muy al tanto de las últimas contribuciones historiográficas, ha estudiado los factores sociales y económicos que condujeron a esa articulación institucional del País Vasco, dentro de un trabajo que dista mucho de ser —y eso ya sería mucho— una buena muestra de historia política sino que se convierte también en una modélica investigación de historia global que contrapone continuamente los intereses sociales, políticos y económicos divergentes que quedan esclarecidos a través de esta interesante documentación. No cabe, pues, más que destacar el mérito del profesor Agirreazkuenaga al interpretar la diferente función que tuvieron en cada época —a partir del análisis de los conflictos internos dentro del País Vasco y de los externos frente al gobierno español— las Conferencias de las Provincias Vascas que llegaron a ser definidas en el xix como una suerte de «gobierno confederal vasco».

Al margen de esta original aportación de J. Agirreazkuenaga, la excelente edición de esta documentación con unos utilísimos índices temáticos y onomásticos permite a los historiadores la consulta de unos textos fundamentales y poco conocidos que serán de indispensable lectura para aquellos que quieran desarrollar, con rigor y sin apriorismos, una investigación innovadora ya no sólo de la foralidad, sino, en general, de todo nuestro pasado desde finales del siglo xviii hasta los comienzos del siglo xx.

Juan Gracia Cárcamo

ANGUERA, Pere, *Déu, Rei i Fam. El primer carlisme a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995. 594 pp.

Profundo conocedor de la historia de la Cataluña meridional, el profesor Anguera ha venido exhumando en los últimos años diversos testimonios de carlistas de base que nos han ayudado a comprender los motivos profundos de su adhesión a la causa del pretendiente. En esta ocasión, nos propone un análisis global de la primera guerra civil en el ámbito catalán según una interpretación «interna» y «privada» del carlismo muy lejana de las síntesis bélico-políticas al uso en cierta historiografía. Este análisis del sustrato socioeconómico de la primera guerra civil en Cataluña presenta el «hecho carlista» como un crisol de la multiplicidad de tensiones suscitadas por las expectativas de cambio político y material brotadas en el principado a lo largo del primer tercio del siglo xix. El capítulo preliminar ofrece una explicación de los orígenes del conflicto en función de una serie de dificultades económicas (crisis agrícola de 1828-30, declive de la industria tradicional domiciliaria, paro obrero y crisis textil acentuada por la epidemia de cólera de 1834) coincidentes

con la agudización de las luchas políticas, que el autor presenta en una secuencia coherente: *Malcontents*, conjuras liberales y «apostólicas», acción represiva del conde de España, querella dinástica, actividades violentas de los Voluntarios Realistas que de algún modo prefiguraron los excesos de las partidas carlistas, etc.

El ensayo de sociografía del primer carlismo en Cataluña, que Anguera centra de forma preferente en la comarca del Camp de Tarragona, confirma con profusión de ejemplos dos rasgos que han sido reiteradamente confirmados por las investigaciones realizadas desde fines de los años sesenta. En primer lugar, la fractura que el conflicto abrió entre los sectores más dinámicos y los más inmovilistas de todos y cada uno de los segmentos de población que conformaban la sociedad estamental. En segundo, el carácter socialmente heterogéneo, pero predominantemente popular, de la rebeldía antiliberal. Dejando aparte el apoyo dispensado por la baja nobleza urbana y rural no titulada afecta al modelo borbónico instaurado en la región el siglo anterior, y la conocida adhesión del bajo clero regular y secular, las filas de la facción estaban nutridas de forma predominante por los sectores urbanos y rurales más amenazados por el desclasamiento y la marginación propiciadas por las nuevas relaciones sociales y económicas anejas a la revolución liberal: jóvenes campesinos y menestrales solteros en edad militar, proletarios en paro, desertores del ejército, *mossos d'esquadra* y voluntarios realistas¹.

En su análisis de la militancia carlista en cinco comarcas tarragonenses, Anguera confirma la muy conocida tesis de Fontana de que el apoyo al carlismo era mayor, no en las zonas más pobres, sino en las más empobrecidas por el incipiente proceso de industrialización que quedó frenado por la guerra. La prolongación de este tipo de resistencia armada provocó serias alteraciones en el tejido social y económico de la región, como la acentuación de la dicotomía estratégica campo/ciudad merced al bloqueo, las migraciones masivas y el aislamiento de las grandes localidades respecto a su *hinterland* rural. El estrangulamiento económico y la generalización de la miseria por culpa de las exacciones de uno y otro bando, la paralización del comercio y la industria y la proliferación del contrabando que perjudicaba la producción (sobre todo de los cosecheros, fabricantes y comerciantes de aguardiente), aparecen como el telón de fondo de una guerra civil que, a decir del autor, prefiguraba en ocasiones el feroz esfuerzo aiquilador de la moderna guerra total (p. 398).

En clara alternativa a las interpretaciones «ideologizantes» elaboradas tanto desde la publicística apologética como por la historiografía más científica, el autor marca las diferencias entre el carlismo como movimiento político-ideológico legitimista y un fenómeno de movilización popular que difícilmente

¹ Un análisis preliminar de estos apoyos sociales a la causa carlista, en Pere ANGUERA, «Aproximació al primer carlisme al Camp de Tarragona, la Conca de Barbera i el Priorat», *Recerques*, n.º 23, 1990, Homenatge a Pierre Vilar, vol. III, pp. 37-52.

puede constreñirse a la lealtad dinástica o la defensa de los principios sociales, económicos o institucionales del Antiguo Régimen. En contraste con las hipótesis elaboradas por Jesús Millán respecto a la función del antiliberalismo como elemento de cohesión ideológica entre «ultras» y grupos dominados, Anguera ha destacado la longevidad del carlismo como un indicio de su débil articulación doctrinal², y recalca en esta obra que *«l'absència de doctrina clara, predicada i assumida, fa que de vegades pugui semblar que hi havia tants carlismes com carlistes»* (p. 9). Esta multiplicidad y polisemia de los mecanismos de adhesión a la Causa según el grupo social concernido se apoya en la dicotomía ya señalada hace tres lustros por Torras o Fontana entre unos dirigentes con clara intencionalidad política antiliberal (en el caso catalán, la Junta de Berga) y una masa sin ideología, cuyos móviles de rebeldía eran, en la mayor parte de los casos, mucho más primarios e inmediatos: *«els combatents del carlisme català —señala el autor en la p. 336, parafraseando a Fontana— no compartien els postulats cavernícoles o grandiloqüents dels dirigents del partit, sinó l'enemic: el govern que els esclafava amb impostos i no el oferta cap possibilitat de redreçament personal»*. Una lealtad difusa, a menudo volátil, que recurría a Dios y al Rey como coartada, no como cobertura ideológica de la revuelta. Anguera niega paladinamente que las iniciales motivaciones de la insurrección carlista —al menos en Cataluña— girasen en torno a la reivindicación foral, o que el levantamiento pueda interpretarse como un complot teocrático-reaccionario. Los rebeldes tomaron las armas acicateados por un variado elenco de factores con incidencia desigual según las zonas, los grupos sociales afectados y las propias circunstancias de la guerra: la manipulación ideológica del clero, la protección y tolerancia dispensada por algunas autoridades municipales (encubriendo, por ejemplo, a los desertores o a los rebeldes), o motivaciones utilitaristas como la mejor oferta económica en comparación a la magra soldada que se percibía en las filas cristianas o la libertad para el robo o el saqueo que ofrecía la actividad de las partidas. Ello sin contar con comportamientos puramente reactivos, como la negativa a la conscripción forzosa (un tipo de protesta tradicional en Cataluña hasta bien entrado este siglo), o la resistencia más o menos activa frente a la actuación represiva y despótica de algunas autoridades liberales, que arbitraron medidas punitivas contra los disidentes (secuestro de bienes, extrañamiento de familiares, ejecuciones) y facilitaron el despliegue del Ejército como auténtica fuerza de ocupación.

Anguera observa que, en todo caso, la masa que apoyó la rebelión no se movilizó por razones estrictamente ideológicas, sino de confrontación con una forma radicalmente opuesta de ver la vida (p. 335), y destaca la autonomía de la protesta popular. Ni alienados ni idealistas, como lo demuestra el escaso eco

² Pere ANGUERA, «Sobre las limitaciones historiográficas de primer carlismo», *Ayer*, n.º 2, 1991, p. 61.

que tuvieron los primeros levantamientos, que sin embargo rebrotarían gracias a circunstancias favorables, como la oposición a la leva decretada en 1833. El autor describe una militancia proletaria y subproletaria, situada en la frontera entre la delincuencia, el paro y el refugio permanente en la beneficencia pública (p. 234), pero apenas habla de las motivaciones para la adhesión activa o pasiva de grupos más estabilizados en el seno de esa sociedad en cambio (comerciantes, propietarios, sacerdotes), que *a priori* no parecen nutrir de forma preferente estas partidas de desharrapados. Tampoco se abunda en la naturaleza y razones del «carlismo sociológico» de ciertos sectores moderados (p. 281).

Dentro de esta visión «intrahistórica» del carlismo, de preocupación por comprender los sentimientos profundos de los combatientes, el autor presta especial atención a un fenómeno de protesta colectiva autónomo y errático, pero capital para entender la movilización bélica en el campo catalán: las bandas de *trabucaires*. A diferencia del País Vasco, el esfuerzo de guerra de los carlistas catalanes resultó mucho más irregular y difuso. En su prolija descripción del desarrollo y repliegue de las *partidas latrofaciosas* en las diversas etapas de la guerra, sus motivaciones y la tipología de su excesos (capítulos II, VI y VII), Anguera ataca el mito de la absoluta indisciplina y anarquía de este tipo de formaciones, dispersas en múltiples grupos autónomos y extremadamente móviles de no más de cuarenta hombres, dirigidas por militares de baja graduación y nutridas por desertores, vagabundos, exiliados y delincuentes comunes que se dedicaban al pillaje, el robo a mano armada, el secuestro o el contrabando fronterizo. Por contra, el autor aporta documentos que demuestran que estas bandas poseían una estructura administrativa razonable, vinculada a la necesidad de construir una administración política y económica paralela, y ejercían un control muy estrecho y eficaz sobre el voluntariado» a través del convencimiento, la sugestión, el chantaje económico, social o ideológico o las amenazas físicas (pp. 519 ss.). A pesar de las precauciones adoptadas, los soldados se adherían o abandonaban la facción por motivos que nada tenían que ver con la política, como el alejamiento de sus puntos de origen o la urgencia de la tareas agrícolas.

Aunque el autor otorga gran importancia a este tipo de guerra irregular, observa que la persistencia de la rebeldía carlista en Cataluña se debió también en gran parte a la desidia, errores y divisiones de los dirigentes liberales a la hora de restar operatividad a las fuerzas del pretendiente. Resulta también hartamente elocuente la proliferación de las partidas en momentos especialmente críticos, como la entrada de Carnicer en abril de 1834, la epidemia de cólera de fines de 1834, la quema de conventos y la radicalización liberal del verano de 1835 (coincidente con la crisis comercial e industrial), las pugnas intestinas liberales del verano de 1836 y el paso de la Expedición Real en 1837. Tensiones políticas que coinciden además con la presencia de bandas de salteadores de caminos y con el aumento de los robos con violencia. El fenómeno de la partida a campo abierto, heredera directa de la guerrilla y del pronunciamiento como arquetipos revolucionarios —y contrarrevolucionarios— del siglo XIX, era concebida desde el sesgo del legitimismo español como un fenómeno central, previo a una insurrección en gran

escala. Su búsqueda de espacios autónomos de poder y su voluntad de control (que no ocupación) del territorio eran elementos necesarios en la reorganización tanto militar como política y administrativa del carlismo. Pero además —y esta es la faceta más novedosa y sugerente del libro, en la que el autor aporta un examen muy detallado—, las partidas aparecen como catalizadoras de las secuelas sociales y políticas (bandidaje, contrabando, clandestinidad, emigración) que trae aparejado todo conflicto civil prolongado. Anguera constata la mezcla inextricable del bandolerismo y la reivindicación política en las actividades de las partidas, que fluctuaban sin excesivo esfuerzo desde los hechos bélicos hasta el bandidaje puro y simple (exacciones para financiar la guerra, pero también para labrarse una fortuna personal). La partida era una respuesta desesperada contra el aislamiento político y la marginalidad social. En muchos casos se ingresaba en ella para huir del servicio militar o por una soldada que aliviase los largos períodos de paro estacional. De ahí que, en ocasiones, las partidas fueran también el reflejo, espontáneo y poco articulado, de luchas populares como la rebeldía contra las quintas o la protesta contra el deterioro de la situación económica. Pero, en otros casos no se ingresaba en las bandas por voluntad de protesta social, sino por mercenarismo, afán delictivo, especulativo o para burlar la persecución del Estado por pequeños o grandes desmanes. La persistencia de este fenómeno dependía de la resolución de los problemas políticos y sociales planteados, pero también de la implementación de medidas paliativas de las situaciones personales de los exiliados, como las amnistías e indultos que podía otorgar el Gobierno y la Corona.

A pesar de que se echa de menos un resumen conclusivo (según el prólogo, el libro se presenta como primera entrega de un trabajo más amplio, donde tendrá cabida el análisis de los móviles de actuación del bando liberal y las repercusiones exteriores del conflicto), el trabajo de Anguera resulta sumamente estimulante por su eficacia a la hora de desmontar viejos mitos heroicos de la guerra civil en Cataluña, y desentrañar en toda su complejidad la característica vinculación entre los sectores sociales depauperados (campesinos sin tierras, obreros en paro) y ciertos grupos al margen de la legalidad (bandoleros, contrabandistas, etc.) con el carlismo. Como evocaba Marliani (y cita Anguera en p. 213), la facción «*se componía en su mayor número de hombres forzados por el hambre a recurrir a tan desesperado arbitrio [...] La desesperación los lanzó al crimen, la desesperación los mantuvo en él*».

Eduardo González Calleja

AROSTEGUI, J., *La investigación histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona, 1995.

Podría decirse que este libro es un producto de lo que se ha dado en denominar crisis de la historia. El mismo autor señala que es en épocas de di-